



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA

Indelebles

Publicación mensual

**EVERARDO RAMÍREZ
BOHÓRQUEZ**

Número

12

2015



Lic. Gabino Cué Monteagudo
Gobernador Constitucional del Estado de Oaxaca

Lic. Alonso Alberto Aguilar Orihuela
Secretario de las Culturas y Artes de Oaxaca

Lic. Guillermo García Manzano
Director General de la Casa de la Cultura Oaxaqueña

Lic. María Concepción Villalobos López
Jefa del departamento de Promoción y Difusión

Lic. Rodrigo Bazán Acevedo
Jefe del departamento de Fomento Artístico

Ing. Cindy Korina Arnaud Jiménez
Jefa del departamento Administrativo

C.P. Rogelio Aguilar Aguilar
Investigación y Recopilación



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA

Un personaje indeleble



Qué mejor que un texto de la inolvidable maestra Arcelia Yañiz, para presentar a un **personaje Indeleble**, de esos que quedan ya muy pocos, y que además de ser intachable en su conducta y fiel en su pensamiento, dio pres a la cultura oaxaqueña a la que dedicó toda su vida. Vaya un homenaje a la figura de don Everardo Ramírez Bohórquez a través del pensamiento de doña Arcelia, con quien convivió en las lides del periodismo y de la actividad

cultural; pensamiento que retrató el de muchos que guardamos los oaxaqueños amantes a la rectitud, de la honorabilidad y de los principios.

Compartimos muchos años la redacción del periódico Oaxaca Gráfico, desde que éste nació el 20 de noviembre de 1953, en su primera dirección que fue en Independencia y Porfirio Díaz, y en la segunda en Matamoros No. 100. Esta cotidiana convivencia hizo más estrecha nuestra amistad, dándonos mutuamente una visión más amplia de lo que era en aquel entonces el periodismo: esfuerzo, dedicación completa y una gran responsabilidad ante la opinión pública. Las virtudes de Everardo salían a relucir en su trato, en sus ademanes y en su vocabulario. Él ya venía de un largo camino recorrido aquí mismo, como catedrático del Instituto de Ciencias y Artes, como empleado de alto nivel en empresas privadas y en su hogar, que ha formado.

Pero retrocede la máquina del tiempo. Allá en los años treinta del siglo pasado, encuentro a un Everardo joven, vestido pulcramente, experimentado conversador y muy animoso y conocedor de la entonces formada sociedad, allá en las calles de Murguía, casi esquina con Reforma, para ser más exactos, frente al edificio donde actualmente se ubica la logia masonónica, y donde trabajaban los “Espiridiones”, como llamaban los trabajadores del taller a Gustavo y Espiridión Pérez Jiménez, que fungían como correctores, quienes estudiaban a su vez, las carreras de abogado y doctor, respectivamente.

Everardo era el más brillante reportero, decía don Ángel Taracena, y se distinguía por su caballerosidad al saludar a las damas, quitándose el sombrero de paja, llamado de carrete, y decirles en ritual frase “a los pies de usted”. Ahí mismo transitaba en bicicleta, sudoroso, también con sombrero, pero de esos que sirven para el frío y el calor, Eduardo Pimentel, que ya había ganado la noticia internacional del hallazgo de las joyas de Monte Albán. A este conjunto se unía don Fernando Belmar, como administrador, quien también usaba bicicleta, casi siempre vestía todo de blanco, y quien sostenía constantes peleas con todo

el mundo pero más enconadas con el jefe de redacción, don Ángel Taracena.

Por esos tiempos nació el Ateneo Adalberto Carrido, y Everardo era el asiduo socio que acaparaba no solo las conversaciones sino también los programas culturales, declamando con mucho carácter, excelente voz y magnífica interpretación, los versos de José Santos Chocano y de Rubén Darío, del que había ganado especialidad al decir “Los motivos del lobo”. Me ausenté de Oaxaca varios años y nos volvimos a encontrar en la fecha en que nació el nuevo diario. No había cambiado su carácter ni su pulcritud para vestir, ni su disposición para el diálogo y para las amenas conversaciones como las que tenía con los esposos Alfonso Gómez y Josefina Sandoval, don Luis Sarmiento, al que estimaba con admiración, y los abogados don Joaquín y José Luis Acevedo.

Había contraído nupcias con la señorita Celia Cuevas, y vivía rodeado de recuerdos de la juventud y de sus amigos, que para ese entonces habían cambiado de nombre, dentro del ramo de la enseñanza, por haberse convertido el Instituto en Universidad. En el Ateneo siempre lo oímos declamar y ganar fuertes aplausos por sus dotes escénicas. Entre los amigos de su juventud figuran don Rodolfo Brena Torres y su hermano Mario; Ernesto Carpy Manzano y Alejandro Gómez Arias; Roberto Ortiz Gris, campeón internacional de oratoria. También cultivó una estrecha amistad con la licenciada Cristina Salmorán de Tamayo, primera mujer con el título de Ministra de la Suprema Corte de Justicia, que le otorgó el Presidente Adolfo López Mateos.

Por lo que toca a su lenguaje, que empleaba en la redacción de sus notas, siempre era académico. Nunca improvisaba. Buscó la perfección del idioma castellano y la perfección en el trato de los demás, siguiendo las costumbres antiguas de dar siempre la mano al saludar, de tratar finamente al sexo femenino, fuese éste de cualquier condición social, y de ser, como se decía entonces, “todo un caballero”, en sus apreciaciones, en su sentir y en su disposición de servir a los demás, desde un cargo tan delicado como es ser director de un diario. Logró a través de sus relaciones y de su elocuente amistad, que algu-

nos embajadores que visitaron Oaxaca en misión diplomática le otorgaran medallas y buscó el permiso de Relaciones Exteriores para lucirlas en algunas ocasiones.

Qué podemos decir sobre alguien como de quien escribimos, como cronista de la ciudad. Lo que yo supe es que entonces el municipio no pagaba este cargo, era honorífico y él lo ostentó durante esta forma por muchos años. Perteneció al sindicato de trabajadores de la prensa que dirigía el compañero Alfredo Feria, y hacíamos nuestras reuniones en el café La Ilusión. Reuniones a las que asistían como comentaristas los licenciados Julio Bustillos Montiel, Alberto von Thaden, Fernando Gómez Sandoval, Miguel Jiménez Garay y el fotógrafo Alfonso Rivas. El propietario del café, Don Camilo, ya conocía nuestros gustos; no había bebidas alcohólicas, sino cafés y el famoso café con leche y bisquets, en el que este restaurantero hizo su especialidad. Eso sí, grandes conversaciones, porque desde esos tiempos ya se hablaba hasta de la bomba atómica.

Figuró, tomando parte activamente, con el grupo que organizó el poeta Alberto Vargas y el periodista Jacobo Dalevuelta, en un homenaje racial para Oaxaca, que se llevó a cabo en la ciudad de México, y que es el antecedente de los Lunes del Cerro, llamados hoy Guelaguetza, pero a decir verdad, ya no queda nada de cómo fue el primero, que figuró como señorita Oaxaca Margarita Santaella, sustituyendo a Sarita Brena, que renunció a esta posibilidad, debido a lo candente de la lucha, que de una justa galante, se volvió contienda bravía.

Everardo sintió entre sus afectos familiares, un gran cariño por su tía Isabel, y posteriormente cuando perdió a su primogénito Miguel, del que siempre hablaba con dolor. Era sensible a todo lo bello, la lectura era su pan cotidiano, y tenía como lema, *que él era fiel a sus convicciones y a sus amigos*, y que a estas dos cosas nunca traicionaría.

Bajo el puente de la vida, corrieron las aguas del tiempo. Nos convertimos en gente madura y en abuelos. Dejé de verlo mucho tiempo, por tener diferentes caminos. Se negó y no entiendo el por qué a seguir escribiendo. Tal vez lo haría en su casa y ahí tiene sus



Recibe el reconocimiento de Cronista Emérito de Oaxaca

valiosos documentos, pero nunca volvió a publicar nada. ¡qué lástima, porque la experiencia que había adquirido era muy valiosa! Siento que se distanció mucho, porque cambió Oaxaca en todo, se relajaron las buenas costumbres, sobre todo la amistad, hubo como un naufragio al emigrar las familias más conocidas que formaban la llamada entonces sociedad, debido al temblor que sacudió a esta capital, de una magnitud superior en 1931. Recuerdo aquí que era profundamente católico. Asistía diariamente a misa, y amaba devotamente a la Virgen Patrona de Oaxaca, nuestra señora de la Soledad. Estos recuerdos metidos en el papel van humedecidos con el agua que no seca, como dijera Andrés Henestrosa, las lágrimas. Para su familia, hijos. Va mi solidaridad por su deceso, y que el tiempo, que madura los frutos de la tierra, nos ayude a aceptar su ausencia física.

Arcelia Yañiz

Oaxaca de mis amores. Cosas, casos y personajes
Pags. 40-43.

Carta de vida



Everardo Ramírez Bohórquez transitó por la vida, cortés y caballeroso, de impecable apariencia personal y solemne trato a sus amigos y conocidos. Periodista de corazón y oficio, no sólo redactaba sus notas con elegante y pulido lenguaje, también defendía con denuedo el patrimonio cultural y edificado, exigiendo a las autoridades, la protección de nuestro acervo cultural e histórico.

Oaxaqueño de raigambre fundacional, pues sus ancestros llegaron con los primeros habitantes de nuestra noble y leal ciudad de Antequera. Su padre se llamó Alfredo Ramírez Ortiz y su madre María de la Luz Bohórquez Esquivel, quienes habitaban una antigua casona situada en el jardín del templo de San Francisco, marcada con el número uno. Aquí nació Everardo el 24 de julio de 1912.

El año anterior, en 1911, el último gobernador porfirista, Lic. Emilio Pimentel, había terminado su gestión, dejando en paz al Estado y a la ciudad de Oaxaca, con una fisonomía moderna, pues se le provisionó de agua entubada y drenaje profundo, se amplió la red eléctrica y telefónica y se construyeron el teatro casino Luis Mier y Terán, hoy Macedonio Alcalá; el monumento a Juárez en el cerro del Fortín y los mercados Sánchez Pascuas y de la Democracia, popularmente llamados de La Merced y El Carmen. También se reconstruyó el añejo edificio del Instituto de Ciencias y Artes, tanto en sus interiores como la fachada.

En los años siguientes, el panorama social y político cambió por la llegada de los movimientos revolucionarios que peleaban por el poder, luego de haber logrado la renuncia y el exilio del General Por-

firio Díaz. En este ambiente inicia sus estudios primarios, en diversas escuelas oficiales, el niño Everardo Ramírez. Ya joven ingresa al centenario Instituto de Ciencias y Artes del Estado (ICAE) que también sufre las consecuencias de los movimientos revolucionarios, llegando a cerrar sus puertas en dos ocasiones.

También participaba, en estos años de juventud temprana, en actividades artísticas como el teatro y la declamación. Realizó presentaciones con la Compañía Artística Oaxaqueña, dirigida por la Sra. Cristina Pérez Guerrero, con la cual guardó, mucho tiempo, cercana amistad al igual que con los hijos de la señora: Jorge, Cuauhtémoc y Armando. Lo mismo sucedió con otros integrantes del grupo teatral: Efrén Díaz Cervantes, Efrén Mondragón, Enrique Sánchez, Elvira de Sánchez y Lidia Vega.

Por el año 1923, Everardo ingresa al Instituto de Ciencias y Artes, pues en esa época los estudios en esta gloriosa institución comenzaban con el equivalente a la actual secundaria. Entre sus compañeros de generación podemos recordar a Mario E. Vallejo, Renato Rueda Magro, José Guillermo Toro, Carlos Barriga, Juan Unda, Alberto Bremont, Guillermo Huergo, Alfonso Pérez Gasga, Julio Glockner, Mario Brena Torres, José Morales Paz, Manuel Matos y Emilio B. Garzón.

Desde 1921, como Director del Instituto de Ciencias y Artes estuvo el Doctor Ramón Pardo, al que siguieron: Lic. Heliodoro Díaz Quintas, Dr. Joaquín B. Unda y el Lic., Julio Bustillos Montiel en 1934, quienes también impartían cátedra en la institución. Otros maestros del estudiante Everardo fueron el Lic. Francisco Herrera Musgo, el Lic. Guillermo Toro y el Lic. Pedro Camacho.

Las materias que se cursaban en los estudios preparatorios eran pocas y se cubrían en cinco años. En el primero sólo eran dos: aritmética y álgebra y Francés uno. En el segundo año, francés dos, matemáticas dos, latín y Raíces Griegas. En el tercero: Geometría Analítica y Mecánica; Inglés uno, Cosmografía, Geografía Física y Política. En Cuarto año: Física; Historia Patria; Inglés dos; y Gramática Castellana uno. En quinto año: nociones de Biología Botánica y

zoología; Historia y universal, Química y Mineralogía; Gramática Castellana dos.

Everardo, al terminar los preparatorios con buenas calificaciones, optó por continuar la carrera de Contador de Comercio que se cursaba en tres años. Llevó materias como taquigrafía uno y dos; Gramática Castellana uno y dos; Contabilidad, leyes fiscales; Código de Comercio; Historia del Comercio; Ética y publicidad mercantil.

De sus maestros, Everardo hace especial mención en sus crónicas del que le impartió cuatro cursos de Gramática Española: *“De aquellos grandes maestros para nuestra generación será imperecedera la figura del Lic. Don José Guillermo Toro, cuyas cátedras en las que educaba al mismo tiempo que dictaba sus “Breves Lecciones de Gramática Castellana” con los ejercicios diarios a que nos aplicaba por turno riguroso, nos ha permitido expresarnos, cuando menos, con el menor acopio de equivocaciones”*.

En el Instituto, también adquirió la pasión por la lectura y una permanente sed de conocimientos, sobre todo en la rama de la Historia y particularmente de la Historia Oaxaqueña, de la que fue profundo conocedor. Como estudiante participó en 1932 en aquella inolvidable contienda romántica para elegir a la “Señorita Oaxaca”, quien debería presidir las fiestas organizadas con motivo del cuarto centenario de nuestra Ciudad. Partidario de la hermosa Sarita Brena, recuerda esa época y los sucesos trágicos en que terminó esa contienda, así como el retiro de las dos candidatas: Sarita y Chelito Ruiz y la designación de Margarita Santaella, quien recibió el tributo de las siete regiones del Estado, en ese abril de 1932, como lo registra Everardo en su libro: “Gentes y Cosas de Oaxaca”.

Un año antes, Everardo participaba, aunque “en la última fila” como él lo señala, en “La Canción de la Farándula”, comedia de Emilio Carrere, que Samuel Mondragón había transformado en zarzuela. Esta obra se presentó en el teatro Luis Mier y Terán en 1929 y a finales de 1930 se reiniciaron los ensayos para repetirla. El ensayo general en el teatro, se iba a realizar a las ocho de la noche del 14 de enero de

1931. Sin embargo, un fuerte sismo sacudió a Oaxaca, con trágicas consecuencias, como lo narra Everardo en el libro ya mencionado:

“Y para el ensayo salíamos, cuando a las 7 y 53 minutos, la tierra oaxaqueña iniciaba una insospechada zarabanda. No era, por supuesto, la zarabanda de “Los Molinos Cantan” que íbamos a bailar en el fin de fiesta de la bien preparada función aquella, sino algo que iba a cambiar, de manera radical, la vida provinciana, apacible y tranquila. Aquel bailoteo fantasmagórico, por segundos se volvía frenético. “Las campanas volaban, materialmente, en un quinto no imaginado capítulo para el poema de Edgar Allan Poe –escribimos en nuestras “Notas de reportero para la crónica de una época” cuando presentamos “Ocho lustros de Antequera en una gacetilla dispersa”–, y por dondequiera, a nuestros pies o sobre nuestras cabezas, caían con pavoroso estruendo, muros y techos de añejas y aun nuevas construcciones, que no podían resistir el alevoso ataque de aquello que mas parecía el anuncio del fin del mundo. Las luces de todas las líneas se fugaron después de fustigar con relámpagos de corto circuito las calles de esta nuestra gran casa de vecindad, ya para entonces sumida en aquelarre. Las sombras se hacían cada vez más espesas por el polvo de todos los adobes amasados en siglos, viniéndose a formar montañas de derrumbe, alterando el perfil del pavimento que se distendía, mientras los gritos de pánico resonaban en letanía macabra. Cuando al cabo de una eternidad, el sismo pareció decrecer, no quedó metro cuadrado en que no palpitaran aceleradamente los apretujados corazones de todos, que con angustiada expectación nos preguntábamos si eso era una pesadilla o eran los estertores de la humanidad, o si tan solo se trataba de una broma cósmica que pronto pasaría para devolvernos la placidez que hasta poco antes disfrutábamos”.

“Con el terremoto, la ciudad de Oaxaca sufrió cambios notables. Las viejas construcciones, domésticas, civiles y religiosas, vinieron por tierra, causando general desolación. Hubo varias víctimas; infinidad de damnificados; también sucesos curiosos, insólitos, chuscos muchos de ellos. La vida económica deca-

yó tan sensiblemente que, aun cuando no llegaron a escasear los artículos de primera necesidad, originó carencia de trabajo, tremenda baja de la propiedad raíz, al grado de que una casa de tres o cuatrocientos metros cuadrados se remataba en tres o cuatrocientos pesos. La situación determinó un éxodo hacia la ciudad de México y otros lugares, como no se había visto ni en los años de la fracasada soberanía del Estado, ni en la dura epidemia de tifo exantemático, ni en los largos meses de miseria que por entonces padeció Oaxaca”.

Otra consecuencia del fenómeno telúrico, fue la recuperación de la ciudad en sus aspectos sociales, económicos y políticos. En 1932, nuestra antigua Antequera cumplía su cuarto centenario de haber sido erigida en Ciudad. El Gobernador del Estado, Lic. Francisco López Cortés, encargó a sus colaboradores organizar un magno homenaje a la ciudad. El Dr. Alberto Vargas y el profesor Alfredo Canseco Feraud se encargan de diseñar el Homenaje Racial, en mucho basado en un cuadro del pintor Canseco Feraud al que llamó “Guelaguetza”. Everardo recordaba este evento inolvidable en el cual participó activamente, en que muchos oaxaqueños, con lágrimas en los ojos al finalizar el espectáculo, volvían a recuperar la fe en que Oaxaca, la ciudad y el Estado, aun tenían un futuro prometedor, a pesar de las calamidades pasadas.

A principios de 1933, Everardo inicia sus actividades periodísticas en “El Oaxaqueño”, dirigido por don Angel Taracena y administrado por don Francisco Belmar. En noviembre de ese año, reseña los eventos que suceden en el primer congreso mexicano de Historia, organizado por otro periodista oaxaqueño: Jacobo Dalevuelta o Fernando Ramírez de Aguilar. Al cierre del Congreso asiste el Presidente de la República Abelardo L. Rodríguez y en su honor se presenta nuevamente el “Homenaje Racial”.

En marzo de 1934, se reúne con varios profesionales y cultivadores de las Artes, para fundar el Ateneo Oaxaqueño “Adalberto Carriedo”, del cual fue secretario durante varios años. En la fundación de esta institución cultural lo acompañan el Dr. Daniel Rueda, el Dr. Alberto Vargas Merino y el periodista

Ángel Taracena. Al paso del tiempo se fueron integrando: Lic. José Constantino Suárez, Lic. Julio Bustillos, Lic. Wilfrido C. Cruz. Dr. Efrén Núñez Mata, Lic. Rafael Marquez Toro, Mateo Solana, Ángel Taracena, Guillermo Reimers, Enrique Iturribarría, Ricardo Vera Castro, Jorge Fernando Iturribarría, Enrique Pacheco Caballero, Leonardo Villalobos Celaya, Ernesto Schelleske, Jorge Octavio Acevedo, Guillermo Martínez León y Rodolfo Sandoval. En sus reuniones semanales, celebradas en el salón de exámenes del Instituto, se exponían temas relacionados con las diversas ramas del arte, haciendo gala los ponentes de sus amplios conocimientos, dominio del idioma y propuestas ingeniosas para difundir la cultura en nuestra ciudad y en el Estado.

Desde 1936 fue nombrado Secretario del Instituto de Ciencias y Artes del Estado, puesto al que sirvió más de siete años, colaborando con ilustres Directores de esa casa de estudios como el Lic. Ernesto Carpy Manzano, Dr. Joaquín B. Unda. Dr. Manuel Matus, Lic. Antonio Iturribarría, Lic. Fernando Magro Soto, Lic. Raymundo Manzano Trovamala, Lic. Juvenal González Gris, Dr. Fernando Bustillos y Lic. Julio Bustillos. En enero de 1940 le corresponde, como Secretario, del Instituto, acompañando al Director Manzano Trovamala y a varios catedráticos, formular la propuesta de ley orgánica, que una vez aprobada por la XXXVI legislatura del Estado y promulgada por el Gobernador Constitucional en el decreto número 154, concede la autonomía al Instituto. Everardo abandona este cargo a mediados de 1943, aunque continúa impartiendo las cátedras de Lengua Nacional, Gramática y Literatura Española.

El 5 de septiembre de 1942, Everardo Ramírez contrae nupcias con la señorita Celia Cuevas Martínez, en el templo de la Compañía de Jesús. Como Secretario del Instituto le pide al Director Carpy Manzano, la presencia de algunos músicos para que acompañen su boda. Para sorpresa de muchos, la boda de Everardo y Celia es amenizada por la orquesta completa, que con tanta dedicación había organizado el Lic. Carpy en el Instituto.

En 1944, ejerce su labor profesional de Contador de Comercio en el Banco de Oaxaca, S.A., donde

atiende con su cortesía y solemnidad a los usuarios de ese servicio financiero, primero como Sub Contador y finalmente como Contador General.

En cuanto a su desempeño como funcionario gubernamental, podemos mencionar que fue Secretario y Jefe de Prensa del Gobernador Alfonso Pérez Gasga. Subsecretario de Relaciones Públicas y Asuntos Culturales en el periodo del Gobernador Rodolfo Brena Torres. Secretario Particular del Gobernador Víctor Bravo Ahuja. Director del periódico oficial y de la imprenta del Estado y Secretario particular del Gobernador Manuel Zárate Aquino. En el periodo 1984 -1986, siendo Presidente Municipal el Dr. Jorge Fernando Iturribarría Bolaños, funge como Director de Comunicación Social del H. Ayuntamiento de Oaxaca de Juárez y participa activamente en la organización y realización del hermanamiento de la ciudad de Oaxaca con las ciudades de San Cristóbal Las Casas, Chiapas; Paraíso, Costa Rica y La Antigua, Guatemala.

En 1958 fue enviado por el Gobernador Alfonso Pérez Gasga a una reunión del Seminario de Cultura Mexicana realizada en Guadalajara, Jalisco. En ese coloquio el tema principal fue la creación de nuevas corresponsalías del Seminario de Cultura en las principales ciudades de la republica mexicana así como el fortalecimiento o refundación de las ya existentes. En nuestra ciudad, el Seminario de Cultura había establecido una delegación o corresponsalía desde el 20 de diciembre de 1948, con apoyo e impulso del Lic. Agustín Yañez, entonces Secretario de la UNAM e integrante del Seminario. Figuraron en esa primera etapa, el Lic. Julio Bustillos como presidente, Jorge Fernando Iturribarría como vicepresidente; Lic. Esteban Silva y Escobar, Secretario; Enrique Pacheco Caballero, prosecretario y Dr. Fausto Pérez Martínez, Tesorero. En la membresía figuraron Everardo Ramírez y casi todos los integrantes del Ateneo Oaxaqueño Adalberto Carriedo, a los que ya hicimos mención.

La Corresponsalía fue decayendo en sus actividades, en parte por la avanzada edad de sus integrantes. En 1984 se refunda la Corresponsalía del Seminario de Cultura y la preside el Ing. Alberto Bustamante Vasconcelos, quien invita a investigadores y profe-

sionales destacados por sus actividades culturales. En 1955 el Seminario de Cultura celebra su V Coloquio en nuestra ciudad y hace entrega de “Veneras”, el más alto reconocimiento que otorga el Seminario a sus integrantes, correspondiendo esta distinción a Everardo Ramírez Bohórquez.

Distinciones, reconocimientos y nombramientos honorarios, no faltaron en la vida de Everardo. El Ayuntamiento de la ciudad, presidido por el Lic. Ildefonso Zorrilla, lo nombra Cronista de la Ciudad en diciembre de 1987, por lo que a partir de esa fecha publica en el diario El Imparcial de ésta ciudad, una columna que denominó *Aquí, Oaxaca...* con reseñas de hechos culturales, sabrosas anécdotas del pasado y multitud de menciones históricas, geográficas y de otra índole, que bien pueden enriquecer la historia de Oaxaca. En enero de 1988, el H. Ayuntamiento de la Ciudad le nombra Ciudadano distinguido y en 1999 le otorga la medalla Donají. En el terreno internacional, Everardo recibe la condecoración de la Orden del Rey Leopoldo II de Bélgica así como la Orden al Mérito de la República Italiana, como reconocimiento a su labor cultural.

En 1979, Everardo participa como concursante en los “Juegos Florales” que convoca la Dirección de Educación, cultura y Bienestar social del Gobierno del Estado, para conmemorar el cuatrocientos cuarenta y siete aniversario de que la ciudad de Oaxaca fue reconocida como tal. Su trabajo, amparado con su lema personal: “Fiel a mis creencias; leal a mis amigos”, obtiene el segundo lugar del concurso y es publicado en 1980 por el H. Ayuntamiento de la ciudad. El título: *“Itinerario crítico de mi ciudad: Oaxaca”*, da una idea del recorrido que Everardo hace de los principales hechos históricos, personajes, espacios y construcciones de nuestra ciudad y refleja fielmente el gran amor que él sentía por esta ciudad, hoy tan lastimada y devaluada.

En septiembre de 1990, para celebrar la consagración del templo de la Virgen de la Soledad en su tercer centenario, Everardo dicta una conferencia que se edita y publica en un pequeño libro con el título *Oaxaca en la Soledad*, en diciembre del año 2000. Sirvió la publicación para celebrar los trabajos de

restauración del templo y la adquisición de la nueva corona de la Virgen que venía a sustituir la anterior, robada en enero de 1991.

En marzo de 2001, Everardo dirige una carta al cabildo del H. Ayuntamiento de Oaxaca de Juárez, en donde pide se le permita retirarse de sus actividades como Cronista de la Ciudad, debido a las limitaciones físicas que le impone su avanzada edad. En septiembre del mismo año, el Ayuntamiento organiza una Sesión Extraordinaria de cabildo en donde nombra a Everardo Cronista Emérito de la ciudad de Oaxaca, y le rinde pleno homenaje y reconocimiento a su labor de difusión de la cultura oaxaqueña y a su alta calidad como ser humano.

Aquejado por múltiples achaques propios de la edad avanzada que alcanzó, Everardo vive sus últimos días encerrado en su casa, rodeado de libros y recuerdos de tantos eventos que le deparó la vida y ordenando sus crónicas para un tomo más que se agregaría a los ya publicados. Su larga y fructífera vida se resume en un verso que él citaba, sin aclarar si era de su autoría, pues también escribió múltiples poemas: “ todo fue amor, misterio comprendido; plenitud interior; halago tierno; gran complemento, dado y recibido; ósculo universal, abrazo eterno.”

Everardo Ramírez Bohórquez dejó la existencia en este mundo el 23 de enero de 2009.

RA. 2015

ANECDOTARIO

Un candidato en apuros

Con esa elegancia que mostraba al hablar don Everardo Ramírez Bohórquez al hablar, y con un profundo respeto a todo lo que fuera su momentánea circunstancia, me refirió un pasaje por demás ignorado de muchas personas, pero tan real como que él mismo me lo platicó en un viaje que hicimos a Costa Rica, cuando en un autobús proporcionado por las autoridades del Cantón de Paraíso, nos trasladába-

mos de San José, capital de ese bello país, Ciudad de Paraíso, la que está hermanada con Oaxaca de Juárez, relato que me permito expresar sin sensacionalismo alguno, tratando de no caer en un punto de vista subjetivo que deforme la realidad histórica.

Sucedió que en su gira de campaña por la Presidencia de la República, el general Manuel Ávila Camacho, a quien posteriormente se conociera como el *Presidente Caballero*, llegó hasta el edificio del antiguo Instituto de Ciencias y Artes del Estado, hoy Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. Claro que fue recibido por las autoridades de esa inolvidable institución, que le esperaron en la puerta misma del recinto sobre la Avenida Independencia. Entre las personas que atendieron al General, estaba el propio don Everardo Ramírez Bohórquez, a la sazón Secretario del Instituto. Después de los saludos iniciales penetraron por la segunda puerta que da acceso al patio principal; en cada una de sus alas se encontraban unos vidrios biselados, en una de éstas, la imagen del Patricio, Benemérito de las Américas, Licenciado Benito Juárez García y, en la otra, la imagen del General Porfirio Díaz Mori.

Ante la sorpresa de la comitiva y de los miembros directivos del plantel, y dispuesto frente a esta última ala, el General Ávila Camacho exclamó: “Cómo es posible que en este *recinto del saber* se tenga la imagen del dictador, que por cierto dada su poquísima escolaridad, no es digno de estar frente al más grande de los oaxaqueños y de los mexicanos”. El atrevimiento fue tal en la tierra de Juárez y de Díaz, que motivó a don Everardo para manifestar respetuosa, pero enérgicamente: “Señor General, don Porfirio Díaz no era precisamente un ignorante de poca escolaridad, aquí fue bibliotecario y también impartió como adjunto la cátedra de Derecho Natural; como también en esta gloriosa institución concluyó la carrera de Jurisprudencia, con las más altas calificaciones, faltándole únicamente su examen recepcional, en virtud de que a finales de 1854 tuvo que huir de la ciudad, cuando durante el amañado plebiscito que promovió Antonio López de Santa Anna, y que se realizó en todas las ciudades del país, y cuya finalidad era manifestar en un libro la anuencia ciudadana a la siguiente

pregunta: “¿Debe continuar el actual Presidente de la República en el poder supremo con las mismas amplias facultades de que está investido?”; y en otro libro: “En caso de que no deba seguir ejerciendo las mismas amplias facultades, ¿A quién debe entregar inmediatamente el mando?”. Contraviniendo las consignas oficiales, que parcializaban totalmente en favor de Antonio López de Santa Anna, Don Porfirio se dirigió al segundo libro, que como es de suponer, aún permanecía en blanco y en éste estampó su firma y su nombre, además del nombre del caudillo de la revolución liberal, don Juan Álvarez; por lo que desde ese día, convirtiéndose en un perseguido político, inició su gloriosa carrera de las armas al lado de los liberales”.

Don Everardo, recto y sincero como era, y con cierta sonrisa socarrona, me expresó: “¡Vaya apuros que sufrió el señor candidato!”

Guillermo García Manzano



Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA

Una muestra de su talento

ITINERARIO CRÍTICO DE MI CIUDAD: OAXACA

Huésped amigo ¿no conoces Oaxaca?

Te hablo de la ciudad que es cabeza del estado mexicano del mismo nombre: la Gran Señora del Sur, luminosa por su cielo, grata por su clima, ilustre por su historia, musical y colorida por la expresión de su folklore, el rumboso folklore de las Siete Regiones que en el Fortín se despliega cada “Lunes del Cerro”.

Es la Muy Noble y Muy Leal –a sí misma–, Nueva Antequera, que así la llamaron los colonizadores de hace cuatrocientos cuarenta y siete años. La “San Marcial Oaxaca” eclesiástica, porque fue un 3 de julio (1522), fiesta de ese santo obispo, cuando los cristianos venidos de allende los mares tomaron aquí asiento definitivo, no obstante que el 25 del anterior noviembre el clérigo Juan Díaz, ante los expedicionarios de Hernán Cortés y unos cuantos asombrados lugareños, había celebrado la primera misa en altar improvisado a la margen izquierda del Atoyac. La “Oaxaca de Juárez”, apellidada así por decreto que se firmó a escasos tres meses de la muerte (1872) del Benemérito de América, que de la Entidad fuera gobernante y cuyo sitio dejó para enfrentarse a la Historia Patria.

Sí, hablo de Oaxaca, la todavía romántica, la todavía provinciana “Huaxyacac” del destacamento que Ahuizotl envió hacia 1486 para más extender su imperio mexica; la que en 1526 era ya reconocida población, española por su gente y por su acento; que para 1529 había ascendido a “villa”, cuando su alcalde mayor, Juan Peláez de Berrio, dióle trazo definitivo, y que en 1532 alcanzaría el rango de ciudad, por obra de la cédula imperial de Carlos V, firmada por su madre, Doña Juana de Castilla y Aragón, en Medina del Campo, donde a la sazón se hallaba la corte.

Y le dijeron “Antequera” sus primeros vecinos, no porque se asemejara gran cosa a la ciudad malagueña de ese nombre, sino porque así honraban, en la nueva, a aquella, tal como otros conquistadores harían después, imponiendo peninsulares títulos a otras poblaciones que iban fundando: Guadiana, Nueva Galicia, Valladolid, Ciudad Real, Córdoba, etc. Su plano es, sin lugar a dudas, español, por sus calles tiradas a cordel, plaza mayor al centro y en contorno al templo y las casas municipales; su plaza donde comprar y vender, donde intercambiar noticias y decires.

De la primitiva, sí que transitoria, fugaz aldehuela indígena, no pudo subsistir cosa que acreditara fundación, que trascendiera. La gente que llegó a poblar este lugar, era de las huestes aventureras que habían abatido el poderío de Tenochtitlan; a su arrimo se fueron agrupando algunas familias aborígenes, practicantes de sus ritos y de sus costumbres, que nos han llegado más por leyenda que por información documentada, pero que poetizamos y embellecemos como tradicionalmente incuestionable.

Intendencia de la Corona fue Oaxaca en los tres siglos de la dominación. Su riqueza, el campo y la minería que se desarrollaban, por el norte hasta Veracruz, por el oriente junto a tierras de Chiapas; que por el sur sólo acababan ante el océano, y por el poniente, la comarca lindaba con Puebla y con las montañas de lo que hoy es Guerrero, límites que conserva reconocidos en la división oficial. Fuente, esa sí, de riqueza abundante, fue el cultivo y tratamiento de la grana, el “nocheztli” que tiñó mantos y paños regios; de manera que la economía generada así, fue puntal de todos los niveles sociales, hasta que en Alemania la química inventó las anilinas para inundar, a bajo costo, los mercados del mundo.

Giraba el esfuerzo provinciano en torno a la fe, simbolizada en la cruz y el rosario de los frailes, conquistadores de la vastedad que por esta parte de la Nueva España integraba posesiones del Marqués del Valle. Hijos de Santo Domingo de Guzmán fueron los evangelizadores de Oaxaca, donde se erigiría (1535) el tercer Obispado de Tierra Firme. A todos sus confines llegaron los predicadores del cristianismo: Bernardino de Minaya, Gonzalo Lucero, Jordán de Santa

Catalina y muchos más dejarían huella profunda en las conciencias y testimonios perdurables: los majestuosos templos y conventos que pasman a nuestros días.

Surgieron, pues, las primeras casas de oración. Aquí, ermitas como la de San Marcial, de la Santa Veracruz, de San Sebastián, de Santa Catarina que le serviría de Cátedra a Don Juan López de Zárate, el primer diocesano. Más tarde, San Pablo, en cuyos claustros vendría a fundarse (1827) el Instituto de Ciencias y Artes del Estado; Santa Catalina, San Agustín, el santuario dominicano y los de la Compañía, la Soledad y la Merced, después San Francisco; al mismo tiempo que se echaban los cimientos de la iglesia mayor, que con el correr del tiempo, varias veces caería por causa de los temblores.

Fuera de los límites urbanos, se levantaban otras construcciones, como la imponente de Cuilapan, a corta distancia de las ya para entonces ruinosas, escondidas, de Monte Albán, la gran ciudadela alternativamente mixteca y zapoteca, cubierta por la maleza desde muchos años antes; sus últimos ocupantes abandonaron, sin que se conozca el motivo, el que fuera majestuoso centro ceremonial de su religión.

En aquellas tres centurias, la ciudad no registraba sucesos de mayor novedad que los sismos frecuentes. El acontecer cotidiano se encerraba en ciclos pocas veces alterados. Ejercían el gobierno los delegados del virrey, en tanto que la nueva fe imponía sus normas, destacándose las fiestas de guardar, la Semana Santa, el Corpus Christi, cuando el pueblo se entregaba a honestas diversiones y en las “marmotas” iluminadas aprendía la doctrina cristiana.

.....

Muchos fueron los mentores que en la esfera oficial o de manera particular dieron brillo a Oaxaca en la época, ya ida. Sus nombres, para la gente de hoy, poco a nada significan; pero están reclamando el homenaje que les hemos regateado, preteriéndolos ante otros de discutibles méritos, que en algunos casos nada tuvieron que ver con la ciudad o con el Estado, como ocurre, por ejemplo, en las colonias que están surgiendo por todas partes.

Primero -lo hemos reclamado ya-, debemos honrar a hombres y mujeres oaxaqueños, nuestros, de

valía, tanto en el campo de las artes, como de las ciencias, en el foro, en la clínica, en elevadas formas del espíritu.

Todavía no levantamos una columna en recuerdo de los abnegados varones que evangelizaron y civilizaron a Oaxaca. (Menos mal que el Gobernador don Eduardo Vasconcelos sí les otorgó reconocimiento, en el cuartel derecho del escudo oficial del Estado, donde aparece la cruz que identifica la Orden de Predicadores). Aun no fijamos una placa siquiera, en memoria del protohistoriador Fray Francisco de Burgoa, necesario porque la calle única que se le dedicó hace mucho, no lo ilustra por el nombre completo, además de que está tan escondida que parece como si nos avergonzáramos de reconocer al cronista únicamente porque fue un religioso. El Padre José Antonio Gay, de cuya Historia de Oaxaca se ha hecho cuarta edición, hace pocos meses, no es honrado en sitio alguno. Y ¿qué decir del escritor don Manuel Martínez Gracida, que en incontables páginas nos deja el resultado de su inquisición por el pasado, sobre todo el indígena? Otro sacerdote más, don Maximiano Amador, también es acreedor por su obra, poco divulgada, es verdad, pero apreciable y honesta.

Tenemos una calle con el nombre de Miguel Cabrera, pintor prolífico del siglo XVIII, nacido aquí. En otras, se honra al maestro Rufino Tamayo, el oaxaqueño que con sus pinceles de inigualable color, de inspiración aborigen, es el más internacionalmente nombrado de los artistas de México, homenajeado en todas partes. (Tamayo regaló a esta ciudad, porque en ella nació el 26 de agosto de 1899, un museo de arte precolombino, de valor incalculable, instalado en uno de los mejores edificios civiles de la Colonia).

Pero en el orden de las bellas artes, nos falta perpetuar a músicos de la talla de Juan Matías, cuyo “Stabat Mater”, compuesto en el siglo XVII, cuando él era maestro de capilla de nuestra catedral, escuchamos unciosamente en el “pésame” de Viernes Santo a la Virgen Patrona, y que fue precursor de Juan Sebastián Bach, por su manejo del contrapunto. También hemos olvidado a don Cosme Velázquez, pianista y compositor, director de orquesta; y a don Manuel Monterrubio, organista, y a don Valentín Cataneo,

conocedor profundo de su arte, y, un poco más cerca de nuestros días, a don Juan Canseco, bajo cuya batuta escuchamos a la Orquesta Sinfónica “Instituto de Ciencias”, creada por la inquietud del universitario D. Ernesto Carpy Manzano. Y merecedor también es el maestro D. Ricardo Vera Castro, musicógrafo de sólida y vasta cultura, catedrático que fue también del tantas veces nombrado Instituto oaxaqueño.

Años inolvidables fueron, para las letras, aquellos que la juventud hacía oír sus mejores voces en los Juegos Florales del Instituto ¿Cómo no tener presentes, de esa época, a Enrique Cervantes Olivera, a Fausto y a Federico –dos de los tres hermanos–, Ramírez Candiani, y a Gilberto Hazas y a Antonio Castillo Merino? Ellos han partido para no volver, como no quisiéramos que sucediera con poetas de la categoría de Alfonso Francisco Ramírez, de Antonio Acevedo Gutiérrez, de Esteban Avendaño, el que mejor ha inmortalizado la esencia de lo popular; si no, ahí está su “Cotompinto de la vida”, todavía inigualado.

Muchos escritores y periodistas, dejaron huella por su talento y por su valentía. Otra vez tenemos que citar aquí a don Herminio Acevedo, y no sería justo olvidar al Canónigo Celso N. Castro, que en sus muchos artículos tan bien describía los acontecimientos, desde luego los religiosos, y que también se prodigó en la cátedra sagrada.

Una plaza o una vía de las que tanto se abren hoy, porque la ciudad crece y crece; una nueva escuela u otra institución nueva se honraría con alguno de aquellos nombres, antes que los de meras fichas se les impone, como también se les bautiza con los nombres públicos actuales, con olvido de que existe un acuerdo oficial, prohibiendo que se honre a los vivos, porque sus éxitos del momento son susceptibles de empañarse mañana.

Esta es mi tierra. Esta es mi ciudad. Para que la aprehendas te he guiado, huésped amigo, paso a paso. Mucho sabes ahora, pero todavía quedan, en el arcón de los recuerdos y de las vivencias, hechos y personas, historias y leyendas para relato interminable. Cuando quieras conocerlos, aquí me encontrarás.

Entre tanto, los que con romanticismo ya pasado de moda amamos, apasionadamente, a nuestra ciu-

dad, quedamos aquí anhelando que no se pierdan su ánimo y su estilo, como dijera López Velarde cuando le cantó a la suave patria.

Queremos que siga siendo igual y fiel, igual en su decoro y fiel a sí misma. Porque cuando Oaxaca pierda su camino, ¡Oaxaca se habrá perdido!

Los anteriores párrafos pertenecen a un trabajo literario que D. Everardo Ramírez Bohorquez presentó en los Juegos Florales organizados por la Dirección General de Educación y Bienestar Social del Gobierno del Estado de Oaxaca en abril de 1979, y con el cual obtuvo un merecido segundo lugar.

POEMA DEL INÚTIL RUEGO

Que te olvide, me pides;
que ya nunca -pretendes-
mi corazón te nombre
ni mi labio te encuentre.

Que te envuelva -suplicas-
en sudario de ausencia
y que glose mi queja
como historia ya muerta.

Que el sabor de tu nombre
de mi lengua despegue,
y que cuando tú pases
mi pupila se cierre;

y que de los rosales
que alfombraban mi senda,
el aroma se esfume
y el efluvio se pierda...

Que te ignore, pretendes;
que cuanto amo y venero,
de mi pecho lo arranque
con un garfio de hierro.

Todo quieres que olvide;
tus palabras, tus manos,

tus caricias, tus besos
(¡oh, tus besos, tan míos
que jamás otros labios,
profanando tu aliento,
borrarán el carácter
que les dio mi bautismo!)

¡Cuánto, cuánto me pides,
y tan sólo me dejas
el supremo veneno
de vivir sin tenerte...!

¿Que te olvide, me pides?
¿Que te ignore, lo quieres?
¿Que te envuelva -suplicas-
en sudario de ausencia?

¡Ruego inútil, el tuyo!
Necio, estéril tu ruego,
vana cosa me pides;
loca, absurda, pretendes.

Porque para no amarte
y enterrar tu recuerdo,
¡ni el sepulcro, ni el tiempo
durarán para verlo !

*(Publicado por primera vez en la revista Bellas Artes,
Oaxaca, Oax., Año II, junio de 1954, p. 7.)*



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA



Raíz y cultura del chocolate mexicano



Raíz y cultura del chocolate mexicano



CASA DE LA CULTURA
OAXAQUEÑA